

libertad de conciencia

HOJA INFORMATIVA DOMINICAL
ELABORADA POR CATÓLICAS POR EL DERECHO A DECIDIR
NÚMERO 12 MARZO 2008

*Este número lo dedicamos a nuestra querida
Cecilia Sánchez, quien sigue
viva entre nosotras*

*Les presentamos una
carta que hemos escrito
pensando e imaginando en
lo que María Magdalena
diría a muchísimas mujeres
que viven o han vivido
situaciones difíciles. Distintos
especialistas coinciden en
que María Magdalena fue
apóstol de los apóstoles debido
a su liderazgo cristiano
basado en su madurez
espiritual y su inteligencia
profética, así como maestra
y apoyo para los demás
discípulos, especialmente
las mujeres.*

Carta de María Magdalena



Queridas hermanas:

Les envío mi cariño y un gran abrazo. Me llamo María y viví hace muchos siglos en Magdala, a las orillas de un lago, en un pueblo muy bonito que se dedicaba a la pesca. Como muchas mujeres judías de mi época, me sentía muy triste porque cuando salía a la calle debía cubrirme la cara, mi padre podía venderme en cualquier momento, no podía leer los libros sagrados y cuando menstruaba me rechazaban y no podía pisar el atrio del templo.

Una mañana que iba caminando descalza al borde del lago, conocí a ese grupo de mujeres, leprosos, pescadores, prostitutas, ciegos y mercaderes encabezados por Jesús de Nazaret. Algo había en esas personas... Decían que lo más importante era la justicia y la misericordia; que mujeres y hombres éramos iguales; que antes que la ley del templo estaban las personas; que en el misterio de nuestra libertad se encontraba Dios; que las autoridades religiosas habían convertido al templo en una cueva de ladrones y de hipócritas; que lo más importante no era la santidad ni la pureza ritual, sino nuestra dignidad, nuestros sueños, nuestras decisiones y nuestros derechos... Mientras hablaban miré el lago, contemplé sus aguas azules y dulces, sus vientos con alas, sus barcas navegando y sus velas desanclando corazones... Semanas después, tomé una canasta, le eché pescado seco, higos, granadas y pan, y me fui a buscarlos.

Para escribir esta carta nos inspiramos en: Eugen Drewermann, *El mensaje de las mujeres. La ciencia del amor*. Barcelona, Herder, 1992, pp. 200-220; Karen L. King, *Canonización y Marginación: María Magdalena*, *Concilium*, núm. 276, junio de 1998, pp. 379-389, y Miriam Therese Winter, *El Evangelio según María. El mensaje de Jesús, transmitido por una mujer*, México, Roca/Colección Enigmas del Cristianismo, 1995, 185 pp.

Al cabo de varios días los encontré en un huerto comiendo higos. Fue como encontrarme a mí misma al lado de Salomé, Susana, Juana, María y otras mujeres con quienes compartía las mismas dificultades y los mismos sueños; fue como vivir de nuevo. Con ellas y con Jesús encontré un lugar, me sentí amada; ahí me llamaron por mi nombre; pronuncié mi palabra y escuché mi corazón. Jesús fue muy importante en nuestras vidas, muchas personas le creímos y lo quisimos. Pienso que el amor convierte a las personas en únicas y especiales; por eso, como decían los profetas, las traemos tatuadas en nuestro corazón.

En la última cena de pascua que pasamos juntas, todas teníamos miedo, sabíamos que los sumos sacerdotes, las autoridades judías y los maestros de la ley buscaban a Jesús, y que un hombre del grupo lo había traicionado. Al acabar la cena, Jesús se fue a orar porque también tenía miedo; lo miré a lo lejos, parecía desamparado... Cuando todos estaban dormidos rompí a llorar pleno de soledad, parecía que en esos momentos sentía más la muerte que la vida... Después de unas horas, en medio de gritos, golpes y confusión, lo tomaron preso. Todos los hombres huyeron, pero nosotras lo fuimos a buscar hasta los tribunales, y en medio de insultos y golpes nos corrieron.

Al otro día, Salomé, Susana, Juana, María, Verónica y otras mujeres fuimos testigas del abandono de nuestros amigos, de la violencia del gobierno judío y del romano, y del naufragio de un hombre frente a la tortura, las burlas y la muerte. Estábamos llenas de horror e impotencia ante aquella tormenta de injusticia y violencia. Parecía que todo lo que construimos trabajosa y pacientemente estaba destruido: ¡cómo hubiera querido volver a mi lago, a aquel huerto donde encontré a Jesús, a “los altos andamios de las flores”!

Me acuerdo que en medio de esa gran pena, cuando los soldados romanos lo sacaron, muchas mujeres llorábamos desconsoladas, pero él, con su piedad y compren-

sión nos dijo: “No lloren, vendrán días mejores. Benditas sean todas las hijas de Jerusalén y bienaventurados sean los vientres que no engendraron y los pechos que no amamantaron”... Cuando lo crucificaron estábamos muchas mujeres, cercanas a él y abrazadas entre nosotras; queríamos decirle que no estaba solo, que estábamos ahí y que Dios nunca lo había abandonado.

Al día siguiente, todas fuimos hacia la tumba donde estaba su cuerpo. Eran las primeras horas del día, cuando apenas va despertando el alba... Al llegar, me sorprendí al ver que la tumba estaba vacía y me puse a llorar, a llorar, a llorar, porque pensé que se lo habían llevado, que ni siquiera el cuerpo habían dejado...

De pronto escuché una voz que me preguntaba: “Mujer, ¿por qué lloras?”. Fue como si en aquella pregunta se encontrara todo lo que Dios podía decir a mi infinita tristeza.

En ese momento retrocedí y me alejé de la tumba. Me volví a mis recuerdos, parecía que era mejor el pasado que ese momento de vacío y de sin sentido. Pero en el fondo de mi alma sabía que no debía aferrarme al pasado ni a la tumba, al dolor y a la muerte porque hacia allá, hacia ese sepulcro llevaría mi propia vida... Eso pensaba cuando la voz me cuestionó: “¿A quién

buscas?”. Creyendo que era el hortelano, el hombre que cuidaba y cultivaba el huerto, le contesté: “Si tú lo has sacado, dime dónde lo pusiste y yo me lo llevaré”. De pronto escuché mi nombre: “María”. Hasta ese momento, al ser nombrada, me di vuelta y reconocí a Jesús... En ese instante comprendí que vivir tiene que ver con esa aventura en la que somos nombradas y llamadas por nuestro nombre, en la que somos capaces de nombrarnos; en esa aventura a la que nos mueve el otro al no olvidarnos, en ese riesgo de reconocernos.

Resucité al escuchar mi nombre, y Jesús resucitó con el sentimiento más íntimo y sublime de nuestra compañía, de nuestra búsqueda, de nuestro encuentro y de nuestro amor. Algo pasó en esos momentos, algo que sólo la mirada de nuestro corazón alcanzaba a comprender.



Queridas hermanas: les he recordado todo esto porque se acercará la Pascua y les quiero desear todo lo mejor en sus vidas. Sé que muchas de ustedes han abortado y que en medio de muchas dificultades han tomado la mejor decisión para sus vidas y las de sus familias al interrumpir un embarazo no deseado. Quiero que sepan que, al igual que Jesús, nunca estuve de acuerdo con la hipocresía de los sumos sacerdotes, de los escribas y de los maestros de la ley, que se preocupaban más por el diezmo que por la justicia y la compasión, que no llevaban a la práctica lo que enseñaban, que imponían cargas pesadas que ni ellos podían soportar, que vivían para ser vistos por los demás, que gustaban de los puestos de honor y que a las mujeres nos perseguían con injurias y odio.

A ellos y a ustedes les digo que de Jesús aprendí que hemos de beber del vino de la misericordia más que del de la severidad; que la bendición divina recae sobre quienes encuentran la manera de dar paso a la libertad, la compasión, la conciencia, la comprensión y la justicia; que nadie tiene derecho a aumentar el sufrimiento de sus semejantes, y que la elección es una travesía espiritual, íntima y profundamente personal, en la que nadie nos puede sustituir.

Queridas hermanas: les mando una canasta con pescado seco, higos, granadas, pan y flores; les envío los secretos de mi huerto, el agua azul y dulce de mi lago, los vientos con alas de mis días y un "collar de corazones". Benditas sean ustedes y sus vientres que no engendraron y sus pechos que no amamantaron. Ya no lloren, vendrán días mejores.

Que el Espíritu de nuestras abuelas, como Sara, Salomé, Esther, Ruth, Judith, Isabel y María, esté siempre con ustedes, que sane sus corazones cuando se hallen heridos y que el aroma de sus perfumes las acompañen todos los días.

*Con cariño, María de Magdala.
Reciban saludos de Salomé, Susana,
Juana, María, Verónica, Cecilia y otras amigas.
Pascua del 2008.*

MUJERES QUE HAN HECHO LA IGLESIA



*María Magdalena
Su festividad se celebra el
22 de julio.*

Fue una mujer con poder y autoridad, a cuyo testimonio debemos la fe en la resurrección; se tomó en serio la propuesta y práctica igualitaria del movimiento de Jesús y a la que el patriarcado eclesiástico y sociohistórico arrebató su fuerza en muy poco tiempo.

Mercedes Navarro,

TEÓLOGA Y PSICÓLOGA ESPAÑOLA,
RELIGIOSA MERCEDARIA DE LA CARIDAD.

El hecho de que no lleve unido el nombre de su padre o de su marido, sino el de su ciudad, indica que era una mujer independiente, que no estaba sometida a otros y que tenía autonomía para formar parte del grupo de Jesús. [...] Al inicio del cristianismo la Iglesia tuvo varios puntos de partida y no sólo el que lideraron Pedro y los apóstoles varones. También hubo una corriente femenina liderada por María Magdalena y otras mujeres. 'Este doble punto de partida constituye un dato irrenunciable de la iglesia, aunque se haya silenciado hasta hoy, dejando en penumbra la situación de las mujeres y cerrando para ellas el acceso a la palabra y a los ministerios'. 'Sin María Magdalena y su corriente no habríamos podido mantener el recuerdo de Jesús ni seríamos cristianos'. La mayoría de los teólogos coinciden en que las cosas comienzan a cambiar a partir del siglo III, cuando se afirma el liderazgo de Pedro y de Pablo y triunfa una línea doctrinal que relega a las mujeres a funciones secundarias: la Magdalena deja de ser la mujer que pudo reinar la iglesia.

Xabier Pikaza,

FILÓSOFO Y TEÓLOGO ESPAÑOL,
RELIGIOSO DE LA ORDEN DE LA MERCED.

Entrevistas tomadas de Periodista Digital, "La mujer que pudo ser reina. Magdalena, ¿prostituta o reina de la Iglesia?". Disponible en www.religiondigital.com, 7 de mayo, 2006.

Crema dulce de almendra

4 porciones

1/2 k de almendra sin cáscara ni piel
650 ml de agua mineral
100 g de azúcar
200 g de almendra, tostadas ligeramente
1 taza de frambuesa
1 taza de zarzamora, cortadas en mitades
2 naranjas, en supremas
150 g de almendras con piel
75 g de azúcar
75 ml de agua mineral

Triturar las almendras con el agua mineral y dejar reposar 24 horas antes de su preparación. Pasar por la licuadora nuevamente, añadir el azúcar, colar finamente y reservar en el refrigerador hasta su uso.

Moler en una licuadora o procesador las almendras con piel y las tostadas, el azúcar, agua mineral y la canela, poner esta salsa sin colar en un sartén y cocinar ligeramente hasta que espese un poco, reservar y utilizar a temperatura ambiente.

En un plato hondo, colocar los trozos de fruta, la pasta de almendras y verter la sopa bien fría sin que cubra la fruta.

Paulino Cruz, El rincón de los sabores. Disponible en <http://onctev-ipn.net/rincon/nuevo/>, 2008

